

# VARIAS ESCULTURAS DE FELIPE DE ESPINABETE EN IGLESIAS ABULENSES

FRANCISCO VAZQUEZ GARCIA

Los trabajos de investigación realizados para la elaboración de la tesis de doctorado sobre los retablos barrocos parroquiales en la zona norte de la provincia de Avila que recientemente hemos terminado<sup>1</sup>, nos han dado el agradable fruto de conocer una amplia relación de artesanos que trabajaron en su ejecución. Ensambladores, escultores, doradores, etc., figuran en contratos, pleitos, libros de fábrica y otros documentos relacionados con los retablos, aclarando así la paternidad de un buen número de obras. Y de entre todos ellos pretendemos destacar aquí la figura de Felipe de Espinabete.

Hemos documentado varias obras que Felipe de Espinabete hizo para iglesias abulenses, concretamente para las parroquias de San Martín de Arévalo y de Soladana Rioalmar, aunque sospechamos que éstas no fueron las únicas.

## OBRAS PARA SAN MARTIN EN AREVALO

No debía ser apropiado el primer retablo barroco que tenía la iglesia<sup>2</sup> puesto que en la Visita que realizó a la villa de Arévalo el Sr. don Dionisio Taravejano, autoridad del Obispado, en 1749, se consideró oportuno y concedió licencia para hacer un retablo nuevo, licencia que fue ratificada por el Ilmo. Sr. don Pedro González, obispo de Avila, con fecha de 5 de diciembre de 1749. Era entonces cura párroco de San Martín y vicario de la villa de Arévalo don Pedro Vázquez, que fue quien concertó, por comisión del obispado, la obra de dicho retablo con Felipe de la Cruz Sánchez, el Menor, maestro tallista vecino de Arévalo. Costó el retablo de manufactura y madera diez mil cuatrocientos cincuenta reales de vellón, de lo que da cuenta un

---

<sup>1</sup> La tesis doctoral se ha hecho sobre el tema: El retablo barroco en las iglesias parroquiales de la zona norte de la provincia de Avila. Fue dirigida por don Francisco Portela Sandoval y se presentó a finales del mes de junio pasado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense.

<sup>2</sup> Este retablo se hizo hacia 1628-29, y trabajaron en la obra Diego González y Francisco Gutiérrez, maestros ensambladores vecinos de Avila, como principales artesanos; también trabajó José García aunque su labor fue escasa, limitándose a restaurar desperfectos después de ser montado. La escultura fue obra de Melchor de la Peña, vecino de Medina del Campo. (A. D. de Avila, legajo corto nº 75).

libramiento del Sr. Vicario y cura don Pedro Vázquez, fechado en Arévalo a cinco de noviembre de mil setecientos cincuenta y tres, y un recibo del maestro Felipe de la Cruz Sánchez, el Menor.

El retablo es una obra de madurez del autor, puesto que cuando realiza esta obra ya había hecho otras importantes como los retablos del Santo Cristo de la Resurrección de Horcajo de las Torres o el del Cristo amarrado a la columna de San Juan de la Encinilla (parroquias también de la provincia de Avila).

Es un retablo grande que ocupa todo el muro testero de la iglesia. Consta de banco, un cuerpo y ático, y está dividido en tres calles. El banco es muy alto, dividido en dos partes, situadas a ambos lados del tabernáculo. El cuerpo del retablo se divide en tres calles, la central más amplia que las laterales, y tiene columnas pareadas de capitel corintio y fustes decorados con medallones, temas vegetales y cabezas de ángeles. Tiene un gran tabernáculo, muy airoso, con columnas esbeltas, que es la apoteosis de lo eucarístico. En el centro, por encima del tabernáculo, se encuentra una gran caja para la imagen del titular; también en las calles laterales hay dos hornacinas para imágenes. Se remata el retablo con un ático en semicírculo que encaja perfectamente en la bóveda del templo, ocupando su parte central una caja con la imagen de la Inmaculada.

El dorado del retablo es obra de Manuel Jiménez, maestro dorador vecino de Villafranca de la Sierra (Avila). El dorado del tabernáculo fue realizado por Manuel Moreno, maestro dorador, vecino de Madrigal de las Altas Torres (Avila).

El retablo mayor de la parroquia de San Martín de Arévalo tenía varias imágenes de escultura<sup>3</sup>; en la caja central, presidiendo el retablo, estaba el grupo escultórico de San Martín ecuestre con el pobre que recibe parte de su capa. En las hornacinas de las calles laterales se encontraban las imágenes de San Isidro el labrador y su mujer Santa María de la Cabeza. En el ático, una imagen de la Virgen, de pequeño tamaño.

Todas la imágenes, salvo la de la Virgen, son obra de Felipe de Espinabete según aparece reflejado en unas partidas de las cuentas parroquiales correspondientes a los años de 1752-53<sup>4</sup>. Las imágenes fueron encargadas y contratadas por don Pedro Vázquez, párroco de San Martín y Vicario de la villa de Arévalo; se hicieron contratos diferentes para el grupo de San Martín y para las otras dos imágenes. El grupo de San Martín se fijó en un precio de 1.950 rs. de vellón; en el coste entraban imágenes del santo, pobre y caballo; de dicha cantidad se pagarían 730 rs. a Felipe de Espinabete, el cual figura en el documento como «maestro estatuario vecino de Valladolid», por hechura en blanco de las imágenes. Los otros 1.200 rs. se pagarían a Nicolás Rico, vecino de Valladolid, por la obra del dorado y estofado que hizo en las imágenes.

<sup>3</sup> La iglesia parroquial necesitó recientemente de reformas en su fábrica, por lo cual fue necesario cerrarla al culto y desmontar varios retablos; del mayor se quitaron algunas imágenes de sus hornacinas y se depositaron en la sacristía de la iglesia, en donde estaban todavía la última vez que visitamos aquel templo.

<sup>4</sup> Archivo Diocesano de Avila. Libro de cuentas de la parroquia de San Martín de Arévalo de los años de 1778 a 1776; folio 394 y 394 vº.

Las esculturas de San Isidro y su mujer Santa María de la Cabeza, se contrataron en 950 rs., de los que se pagarían a Felipe de Espinabete 550 rs. por la hechura en blanco de ambas efigies y 400 rs. a Nicolás Rico por la pintura y estofado que realizó en ellas<sup>5</sup>. Todo se hizo con licencia del Señor Obispo de Avila, fechada a 3 de junio de 1753.

Las imágenes quedaron situadas en sus correspondientes hornacinas del retablo a finales del año 1753, pues con fecha de 10 de noviembre de dicho año hay un documento que se refiere a la bendición de las imágenes y del tabernáculo del retablo mayor de la parroquia de San Martín de Arévalo<sup>6</sup>.

El grupo escultórico que presidía el retablo formado por San Martín a caballo y el pobre, se ha deshecho; en la hornacina del retablo sólo queda la figura de San Martín ecuestre, encontrándose la del pobre en la sacristía de la iglesia. Se representa a San Martín de guerrero joven, en plenitud de poder y fuerza. El santo se cubre con una amplia capa que hace más relevante la imagen; el caballo parece de cartón, es imperfecto y sin ninguna gracia; se le representa al paso, levantando muy alta la pata delantera izquierda y tuerce el pescuezo en la misma dirección en que se vuelve la figura de su jinete. La figura de San Martín sigue la corriente de representación de los santos guerreros ecuestres que muestran la fuerza y el ímpetu, mezclándose en este caso junto con la caridad. El estudio anatómico no está muy cuidado, tal vez afeado por repintes que perjudican y borran los detalles de la efigie; el rostro es ancho y de piel tersa, la mirada muy fija y poco expresiva, con los ojos cercados por cejas muy arqueadas que dan un ligero hieratismo a la imagen. El tratado de los cabellos que sobresalen bajo el yelmo no es de calidad. Debemos considerar que las mutilaciones y el estado en que se encuentra restan anatomía y prestancia a la imagen. Los pliegues de la capa son rígidos, los bordes están muy ondulados.

La figura del pobre está mejor lograda; las pretensiones de hacerla más terrena y por lo tanto más real, han obligado a hacer un estudio anatómico más esmerado; el rostro enjuto y barbudo se acerca a las cabezas degolladas que hará el escultor más adelante influido por Villabrille, que serían lo más característico de su obra.

Las imágenes de San Isidro el labrador y Santa María de la Cabeza no podían faltar en una zona eminentemente cerealista como es la tierra de Arévalo. La figura del patrón de los agricultores se representa con barba y abundante cabellera rizada, tiene golilla, traje oscuro con casaca abotonada hasta el cinturón, calzón y botas altas muy anchas en la parte superior. Es de gesto bondadoso, reflejándose, sobre todo, en la mirada; está de pie, como iniciando la marcha con la pierna derecha. El estofado es de buena calidad, con

---

<sup>5</sup> En la misma partida figuran 80 rs. más que se pagaron a Simón García, vecino de Arévalo, por el porte de las imágenes desde Valladolid a Arévalo. Libro de cuentas de la parroquia de San Martín de Arévalo de los años 1678 a 1776.

<sup>6</sup> «Don Pedro González por la Gracia de Dios y de la St.<sup>a</sup> Sede Apostólica, Obispo de Avila... Por la presente damos licencia y facultad a Don Pedro Vázquez, vicario de la villa de Arévalo... para que en la forma que previene y prescribe el Ritual Romano puedan bendecir y bendigan el nuevo Sagrario tabernáculo que se ha hecho para el altar maior de dicha parroquia y así mismo las tres efigies de San Martín, San Isidro y Santa María de la Cabeza que se han de colocar nuevas en él». (Archivo Histórico Nacional. Sección Clero, legajo 208).

dorados en el cinturón, parte alta de las calzas y ribetes de la casaca; el resto de los ropajes es de colores oscuros, predominando el negro.

La imagen de Santa María de la Cabeza también está de pie y se cubre con una túnica encima del vestido; sobre la cabeza, una toca rodea el rostro ajustándose al cuello; el vestido se ciñe al cuerpo señalando su anatomía, aunque de forma un poco tosca; los pliegues de las telas son ondulados en los bordes y cortantes los interiores. El rostro es redondeado, de mirada fija, en cierto modo candorosa, y rasgos de líneas firmes; los cabellos están bien tratados, marcándose bajo la toca ondulados mechones, característicos de la obra de Espinabete.

Las esculturas que hace Felipe de Espinabete para la parroquia de San Martín de Arévalo, corresponden a su primera época, aunque, según Martín González, el escultor estaba ya por estos años bien acreditado en Valladolid, equiparándose incluso a Pedro de Sierra<sup>7</sup>. Su canon es algo achaparrado, parecido al que empleó en los relieves que decoran los respaldos de la sillería del coro del Monasterio de la Santa Espina (Valladolid). En los plegados de las telas se evidencian dos formas que utilizará luego en diferentes obras. Los bordes de los ropajes tienen pliegues ondulados amplios, más marcados si las telas caen verticales, pero cuando las telas se fruncen, los pliegues son cortantes y estrechos.

Los rostros están dentro de los tipos propios de la escultura de Espinabete; son más bien anchos y de formas redondeadas, menos el del pobre, que es de rasgos más duros y alargados por la barba y está dentro de la línea que luego utilizará en sus cabezas degolladas. El deterioro y mutilaciones de las figuras, así como algunas restauraciones desafortunadas, desmerecen su calidad y mérito. El estofado, allí donde se deja ver, ofrece muestras de un trabajo de calidad.

## OBRAS PARA LA PARROQUIA DE SOLANA DE RIOALMAR

El afán que había durante el barroco por cubrir los muros de la capilla mayor con retablos, hacía que cuando el retablo principal no era suficientemente grande se ampliaba o se compensaba con otros menores. Esto fue lo que se hizo en la iglesia parroquial de Solana de Rioalmar (Avila).

El retablo mayor dejaba espacios libres en el muro de la capilla mayor y para cubrirlos se hicieron en 1779 dos retablos pequeños. Se encargó la obra a Francisco Melgar, ensamblador vecino de Avila<sup>8</sup>. Fueron dorados por Francisco Velázquez, maestro dorador vecino de Avila<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *Escultura barroca en España (1600-1700)*. Madrid, 1983, pág. 453.

<sup>8</sup> Archivo Diocesano de Avila. Libro de fábrica para la parroquia de Solana de Rioalmar, nº 24. Cuenta que da Lorenzo González, mayordomo de la parroquia, de dos años contados desde San Juan de junio de 1778 hasta el mismo día de 1780.

F. 188. «Más un mil i cuatrocientos rrs. que pagó a Francisco Melgar vecino de Avila en que se ajustaron los dos retablos pequeños del adorno de los lados del Altar maior...».

<sup>9</sup> Cuentas parroquiales de los años 1780-1783.

F. 191 v. «Más tres mil reales de vellón que tuvo de costa el Dorado de los retablos de Nra. señora del Carmen i San Miguel, pintura de sus repisas i de los frontales que tienen; como consta de recivo de Francisco Velázquez vecino de Avila que lo executó...»

Los dos retablos se dedicaron a la advocación de la Virgen del Carmen y de San Miguel. Son muy planos, con un cuerpo y una calle donde se sitúa una gran ménsula para colocar las esculturas.

Las imágenes son obra de Felipe de Espinabete, que cobró 1.468 rs. por toda costa, según se refleja en las cuentas parroquiales de dicha iglesia, correspondientes a los años 1778-1780<sup>10</sup>.

En el retablo del lado del evangelio está la imagen de la Virgen del Carmen; es una escultura muy bella que sigue en su forma el tipo tradicional de esta advocación mariana. La Virgen está de pie, muy esbelta; la pierna derecha se dobla ligeramente hacia adelante, arqueando toda la figura que adquiere así un porte más pausado y elegante. Los brazos y manos, plenos del realismo barroco, se disponen para tener la figura del Niño y el escapulario. El hábito carmelitano da más gravedad a la imagen; la túnica deja entrever la anatomía del cuerpo y el escapulario cae verticalmente, plegándose en la parte inferior para romper la monotonía y crear más plasticidad; la capa muy holgada, enmarca la figura de María. Los plegados son simples, sobre todo los verticales por la disposición de las telas.

El estofado es muy bello; hay dos tipos de estampados decorando las telas; la túnica y el escapulario tienen una ornamentación de formas vegetales de regular tamaño, mientras que la capa está adornada por rosetas menudas unidas por trazos rectos. Los dorados resaltan más en los austeros colores del hábito carmelitano. La técnica es de buena calidad con el grafo movido con destreza y seguridad. El encarnado es de tonalidades tostadas, muy brillantes.

En el otro retablo del lado derecho, se venera la imagen de San Miguel. Se representa al Arcángel luchando contra el dragón; se ve ya la victoria, San Miguel blande la espada y pisa al enemigo que yace a sus pies. El Arcángel, de atuendo guerrero, se cubre la cabeza con un yelmo del que pende un airoso penacho, la coraza se ajusta al cuerpo ciñendo las telas de la túnica. La composición del grupo escultórico es muy acertada; hay una línea diagonal dominante marcada por el borde derecho de la capa que revolotea hacia el extremo inferior izquierdo y el brazo derecho del Arcángel que sostiene la espada y se dispara por el impulso del lance hacia el extremo superior derecho; rompiendo esa línea principal están la cabeza del Arcángel y el cuerpo del dragón, que se hacen de esta manera más notorias. Hay en la escena una marcada sensación de movimiento, aunque se trata de un movimiento acompasado y elegante. Contrasta el rostro finísimo del Arcángel, apuesto y seguro de su papel victorioso, como si evidenciase la fuerza divina, y el rostro del dragón que con su nariz aguilfea y los rasgos faciales demoníacos, parece

---

<sup>10</sup> Cuentas parroquiales de los años 1778-1780 que da Lorenzo González, mayordomo de la parroquia.

F. 188 v. «Más un mil i quatrocientos i sesenta i ocho rs., que tubieron de costa las imágenes de nuestra Señora del Carmen i San Miguel estofados a toda costa; en cuiá cantidad entran sesenta rs. que costaron los caxones para su conducción i ocho de los tornillos para las andas, como todo consta de recibo de Felipe de Espinabete vezino de Valladolid i no se incluye el importe de portearlas por no averse pagado a esta cuenta...»

(Archivo Diocesano de Avila. Libro de fábrica de la parroquia de Solana de Rioalmar, nº 24.)

representar todo el mal desterrado a los infiernos que aquí se representan con unas llamas incipientes.

Los pliegues son muy numerosos, la túnica y el manto forman una maraña de plegados que acompañan acertadamente al movimiento de las imágenes. En los rebordes de la túnica y manto son ondulados y amplios, mientras que el resto son más bien estrechos y rígidos.

El estudio anatómico no es demasiado preciso, con superficies muy lisas. La pintura es buena; los estofados de la túnica y manto se decoran con formas doradas muy bellas que surgen en colores rojos y verdes, la encarnación es demasiado oscura.

Felipe de Espinabete logró con gran acierto la figura del Santo guerrero que simboliza la lucha contra el mal, «árbitro contra las asechanzas del demonio», como dice Martín González.

En las imágenes que hizo Espinabete para la iglesia parroquial de Solana de Rioalmar, se evidencia la proyección artística del maestro; el canon es mucho más esbelto, los plegados son más airosos y las figuras tienen mejor porte. Los tipos son, en realidad, los mismos de la primera etapa, aunque más cuidados y mejor conseguidos.

La obra escultórica documentada que hizo Espinabete para la diócesis abulense, es importante por su cantidad, y sobre todo, porque representa dos etapas del estilo del escultor, distintas en calidad. Las esculturas de la parroquia de San Martín de Arévalo muestran la primera época, mientras que las de Solana de Rioalmar reflejan la madurez de su estilo. Curiosamente, podemos ver en estas obras ejemplos de tipos propios de la obra de Espinabete; el San Martín de Arévalo y el San Miguel de Solana responden al mismo tipo de rostro imberbe y redondeado, de piel tersa, con rasgos faciales de cierta suavidad; igualmente ocurre con las imágenes de Santa María de la Cabeza de Arévalo y de la Virgen del Carmen de Solana, en las que los rostros son también muy parecidos, aunque salvando la perfección técnica que dio el tiempo y la experiencia. La imagen del demonio que aparece en el grupo escultórico de Solana, responde a los tipos barbados, que son los más característicos de la obra de Espinabete, de rostros alargados, perfiles irregulares y rasgos faciales más duros, como son sus esculturas de las cabezas degolladas.

La diócesis abulense se preocupó durante el barroco, como lo había hecho en otras épocas, de llevar a sus iglesias todo aquello que mejorase el culto divino, aunque tuviese que buscar tales objetos sagrados en talleres distantes. Gracias a este anhelo y preocupación puede contar ahora con obras valiosas como las de Espinabete.

1



2



3



Arévalo (Avila). Iglesia de San Martín.—1. Retablo mayor.—2. Detalle de Santa María de la Cabeza.—3. Detalle del «pobre», del grupo escultórico de San Martín partiendo la capa con el mendigo.

LAMINA II



Solana de Rioalmar (Avila). Iglesia parroquial. 1. Virgen del Carmen.—2. San Miguel, por Felipe de Espinabete.